

PT 2381

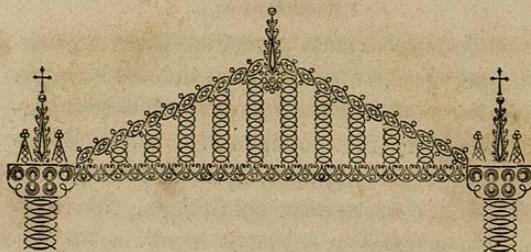
. 28

56

V. 2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



## LA MESIADA.



### CANTO DUODÉCIMO.

ARGUMENTO. — José de Arimatea consigue de Pilatos permiso para sepultar á Jesus. — Mientras, auxiliado por Nicodemo, José cumple con aquella piadosa obligacion canta un coro de resucitados un himno á la cruz. — Reúnense en la morada de Juan los apóstoles, parte de los setenta elegidos, la Virgen María y las santas mugeres. — José de Arimatea y Nicodemo van á unirles llevando consigo la corona de espinas de Jesus. — Muere María Magdalena, hermana de Lázaro, y asístenla en la postrera hora su hermano, Tadeo y Nataniel. — Vuelve Lázaro á la morada de Juan y procura reanimar el valor de sus amigos. — Salem, uno de los ángeles custodios de Juan, hace que tenga este en sueños una vision consoladora.



010787

Quando teme el alma perder su parte de la celestial herencia, se entristece y tiembla hasta en sus mas recónditos senos; y estraviándose el pensamiento en el laberinto de la Providencia, donde quiera que vuelve los ojos solo ve el anatema del monte Sináí ó los terrores del Gólgota. No viendo ya en la eternidad ni el blanco manto de los vencedores, ni la corona del martirio, abísmase en el polvo, y perderiase en la nada, si el aliento protector de los seráfines no reanimase la llama de su divina esencia, recordándole que únicamente descendió á la tierra para someterse con ciega obediencia á los decretos del Eterno.

Con esa dolorosa resignacion rodean la cruz algunos de los pocos amigos fieles de Jesus, entre los cuales solo conserva algun resto de esperanza y de valor José de Arimatea, quien con objeto de reparar la falta que su invencible timidez le hizo cometer ante el Sanedrin, esclama en voz sonora y para todos inteligible:

« Por lo menos no quedará insepulto el divino cadaver; yo le haré los últimos honores. Largo tiempo há que mandé abrir mi tumba, en ella cabremos éntrambos: ¡Valor, Nicodemo! prepara la mirra y el aloes mientras voy á buscar al pretor romano. Aquí nos encontraremos y yo traeré el sudario. »

Diciendo así se aparta rápido como un noble

pensamiento, que ni amenazas ni seducciones son capaces de arredrar. En breve llega al palacio de los Romanos donde encuentra á Porcia, pálida y con los ojos bañados en lágrimas, y á Pilatos inquieto y meditabundo. Sorprendido el Romano con la visita de José, cuyo aspecto anuncia un profundo dolor, le pregunta qué motivo le conduce á su presencia.

« Vengo, responde el de Arimatea, á pedirte los restos del hombre divino, á quien tú, no acertando á apreciarle, has entregado al furor de sus enemigos. »

« ¿Y que te importa á tí ese hombre? ¿Porqué quieres darle esa prueba de afecto que puede ser peligrosa para tí? »

« Obedezco al soberano Juez que en lo alto de los cielos pesa nuestras acciones y pensamientos. »

« Los Jueces supremos del mundo no tienen su tribunal donde lo imaginan tus locas ilusiones: en las orillas del Cócito nos esperan, y no se llaman Jehová ni Jesus; sino Minos, Radamanto y Sarpedon. »

« Cuando la urna cineraria reciba tus cenizas y el sepulcro mis caducos restos entonces veremos, ó Pilatos, si son tus dioses ó el mio los que distribuyen el premio y el castigo. Entretanto concédeme la gracia que de tu bondad solicito, entregandó el inanimado cuerpo del profeta, asesinado por su

pueblo, á los pocos amigos que aun le son fieles. »

Suplicó Porcia á su marido que accediese á tan justa demanda, y complacióla Pilatos; mas dominado siempre por el temor de comprometer su autoridad, hizo llamar á Eneo, que mandaba la tropa que fué al Gólgota, y preguntóle si estaba seguro de la muerte de Jesus.

Y respondió Eneo :

« Ninguno de nuestros soldados se ha atrevido á romperle los huesos; he mandado que le atravesasen el corazon de un lanzazo y ya no vive. »

Tranquilo entonces Pilatos autorizó á José para dar sepultura á Jesus, y el noble Israelita regresó inmediatamente al Gólgota.

Al ver la sábana mortuoria en manos de José, redobló María los sollozos cubriéndose el rostro con las manos; por fin Juan se atrevió á dirigirle la palabra :

« Piensa, ó madre de nuestro divino maestro, que el único consuelo que nos queda, á los que tanto le hemos amado, es el de tributar los últimos honores á sus sagrados restos. »

Adelántanse hácia la cruz José y Nicodemo escitando á los demas fieles á que fuesen á auxiliarlos; mas ni uno de ellos se movió de su sitio, tal los tenia de abismados el dolor.

Invisibles para los mortales estan en la atmós-

fera sobre la fúnebre colina, los ángeles y los resucitados pulsando sus divinas arpas, y entonando lúgubres cánticos que llegan al pié del trono de Jehová.

Al pié de la cruz han tendido José y Nicodemo un lienzo cubierto de suaves perfumes y en él colocan el cadaver de Jesus, envolviéndole despues en aquellos preciosos aromas que hacen imposible la descomposicion del cuerpo humano.

Eva descendiende de las nubes, se detiene cerca del divino muerto, y se inclina sobre él con todo el abandono de la maternal ternura. Tocan los largos rizos de su dorada cabellera en las llagas de Jesus, riegan abundantes lágrimas la helada frente del cadaver, y con voz apenas inteligible, aun para los ángeles mismos, murmura estas dulces palabras :

« ¡ O mi hijo y Salvador, cuan bello eres ! De cada una de tus llagas veo brotar eternos raudales de felicidad. Cubre la palidez de la muerte tu rostro todavía; mas esa boca inmóvil y esos apagados ojos anuncian la inmortalidad de todos mis hijos. Ahí estás sin vida, y sin embargo todo en tí es amor y misericordia. »

José y Nicodemo han envuelto al Mesías, en el perfumado sudario que se tiñe en sangre...

Corren abundantes las lágrimas de los bienaven-

turados, y canta un coro de resucitados el dolor de los cielos de esta manera :

« ¿Quién eres, tú que bajas del Gólgota envuelto en purpúreo manto? ¿Quién eres tú, que te apartas del altar con las vestiduras teñidas en sangre? ¿Quién eres tú, que dispones de la salud eterna? »

Responde otro coro, y la trompa del juicio final hace resonar su voz terrible :

« ¡Soy el que enseña la justicia, soy quien distribuye el premio y el castigo! »

Y vuelve á decir el primer coro :

« ¿Porqué tus vestiduras estan teñidas en color rojo como las del vendimiador cuando sale del lagar? »

Y responde la trompa :

« ¡Solo me habeis dejado en este lugar de iniquidades, en mi cólera he anonadado á cuantos contra mí se rebelaron, y en esa obra que á todos os ha salvado tiñéronse en sangre mis vestiduras! ¡Llegado es el día de la venganza, el día de la Redencion! Miré en torno y no ví á nadie para ayudarme : descargó el Señor sobre mi cabeza sus mas crueles terrores, y ni un habitante de la tierra ni un morador de los cielos me ha sostenido. Consumé mi obra por la fuerza de mi ira y el poder de mi brazo. Deshice la cabeza de la serpiente que en el talon me mordió. Embriagué completamente á los

que contra mí se levantaron; y vedlos tendidos en la tierra sin fuerza ni movimiento <sup>4</sup>. »

José de Arimatea quita de la frente de Jesus la sangrienta corona, y la entrega á Nicodemo quien la contempla con mudo dolor. Juan y María prorrumpen en amargos sollozos.

Corren abundantes las lágrimas de los bienaventurados, y canta un coro de ángeles el triunfo de los cielos de esta manera :

« Escuchad, ángeles, el murmullo del Cedron que baña los muros del templo : vencida está la orgullosa, mirad, deshecha está la cabeza de la serpiente. »

Y canta otro coro con voz mas fuerte :

« Cuando mas dulcemente murmuraba el Cedron, cuando las palmas de Getsemaní inclinaron las movedizas copas al soplo de la matutina brisa, entonces empezaron para él las angustias de la agonía; entonces oyó los bramidos del abismo y los desesperados clamores de los réprobos; entonces tembló el Tabor hasta en sus cimientos! »

Elohá, saliendo súbitamente del fondo de las nubes, repite :

« Entonces comenzaron para él las angustias de la agonía. »

<sup>4</sup> Imitacion del cap. LXIII de Isaías en el cual describió el profeta los trabajos del Mesias reducido á libertar á su iglesia con sus solas fuerzas. — T. F.

Sobre los inanimados restos del Mesías entona el coro angélico un himno de muerte.

José y Nicodemo toman amorosamente en sus brazos el cuerpo de Jesus y se lo llevan...

Síguelos con la vista un resucitado y prorumpen en tiernas quejas diciendo :

« ¡ Por nosotros acabas de morir en la cruz, ó tú el mas bello entre los hombres, ó tú el mas bello entre los ángeles ! Los esclavos del pecado han sorteado tus vestiduras ; cuando devorado por la sed les pediste de beber, te presentaron hiel y vinagre. »

Y el coro de los ángeles prosigue :

« ¡ Ay de tí, Jerusalem ! ¡ Ay de tus indignos hijos ! Oyólos el Eterno cuando pidieron la sangre del Redentor ; viólos cuando sobre él se arrojaron, como sobre su presa los buitres. »

Continua sonando la trompa del juicio final y callan las arpas de los Patriarcas. Hasta Moises cesa de pulsar las cuerdas de su lira, y separándose de la legion de ángeles y resucitados que le rodea, vuela sobre el Mesías y canta :

« A vosotros que habeis asesinado á este divino Abel, miserables Caines, bien os conozco ; bien sé donde teneis vuestras guaridas. A lo mas alto de los cielos han llegado los clamores de su sangre y no pidiendo venganza, no ; sino perdon para vosotros que habeis rechazado su misericordia : pero

la voz del Gólgota ha penetrado hasta el fondo de los infiernos : ¡ asesinos del Salvador, pues que lo habeis querido, morid de eterna muerte ! »

Cesó de sonar el metal sonoro, calló el profeta, y quedaron los inmortales sumidos en mudo dolor.

José y Nicodemo llegan á la tumba abierta en las entrañas de un negro peñasco en cuya cima vejetan dispersos algunos pinos : en ella busca José el lugar menos sombrío, y allí, auxiliado por su noble amigo, deposita los restos de Jesus. Llenos de tristeza separan la vista los dos fieles de aquel espectáculo, salen del sepulcro y cierran su entrada haciendo rodar penosamente una gran piedra sobre la boca de la caverna. Profundas tinieblas reinan en el sepulcro donde reposa el cadaver del Mesías, pero en medio de ellas ven los inmortales brillar los primeros destellos de la resurreccion.

Sí, divino Salvador, apenas cerraron tus párpados las sombras de la muerte cuando ya en derredor de tí circulaba el aliento de la inmortalidad ; la terrible trompeta, que en el dia de la gran cosecha ha de llamar al trabajo á todos los segadores, resonó en el cielo ; y el sonido de las arpas celestiales, suave como el primer rayo del alba, anunció tu resurreccion. No te hemos visto nosotros dormir en medio de los horrores de la noche ; para nosotros descansando estás á la sombra de los pal-

meros : pero vosotros, sus elegidos, que entonces viviais aun en este valle de lágrimas, vosotros gemisteis y llorasteis, y despues derramasteis lágrimas de divino gozo, lágrimas que no comprendemos nunca nosotros que no hemos probado, ni el santo Terror, ni la sombría desesperacion que os affigieron.

Todo es silencio y tranquilidad en torno del sepulcro de Cristo : cesaron las arpas de oro en sus lastimeros acentos ; ángeles y resucitados enjugaron sus lágrimas y huyeron de aquel parage. Regresaron los fieles á sus moradas, alentados con la consoladora idea de que en fin la noble víctima del Gólgota goza del descanso de la tumba : Juan y María quedan ya solos al pie de la cruz, é inclinándose el discípulo predilecto á la santa muger que su maestro encomendó á sus cuidados, le dice con voz interrumpida por los suspiros :

« Ya nada podemos hacer por él : apartémonos de este fúnebre sitio, y permíteme que te conduzca á mi choza : ven, Madre mia, ven, sigue á tu hijo. »

Oyendo estas palabras volvió María en sí, y en medio de un torrente de lágrimas clamó de lo íntimo de su corazon :

« ¡ Tu Madre ! y es ÉL quien me ha legado á su predilecto discípulo, ÉL quien te ha hecho hijo mio... Todo un cielo hay en ese pensamiento... pero

tambien qué cruel tormento, qué desesperacion sin fin en la certidumbre de que ya no existe el amadísimo hijo á quien lloramos ! »

Dice, cúbrese con el velo, y guiada por Juan se aparta vacilante del Gólgota.

A la sombra del templo, casi bajo los muros de Jerusalem, y en un bosquecillo de palmeros se oculta la humilde choza de Juan, á la cual conduce este á la afligidísima María. Persuadido de que tratar de consolarla fuera inutil, y de que Dios solo puede sostenerla en su afliccion, suplica á cuantos fieles encuentra al paso que vengan á llorar con su madre.

Corred, versos míos, celebrad las santas lágrimas y profundo duelo de los piadosos amigos del Mesías, y sean mis cantos tan sencillos y verdaderos como las tiernas quejas del mas desdichado de los padres cuando le presentaron la ensangrentada vestidura del tierno zagal del valle de Siche<sup>1</sup>.

Con los ojos bañados en lágrimas, oprimido el pecho y trémulas las rodillas entró María en la choza de Juan, parage en que el Mesías solia reunir con frecuencia á sus discípulos y amigos. Al

<sup>1</sup> Alude á Jacob, á quien sus hijos llevaron las vestiduras ensangrentadas de José, diciéndole que una fiera le habia devorado mientras apacentaba sus ganados en el valle de sichein. — T. F.

ver el lugar donde tantas veces les habia hablado con aquella divina elocuencia que conmovia todos los corazones, lugar que por respeto á la memoria del Salvador no se atreve á ocupar ninguno de los fieles, arrodillóse María apoyando la frente en el asiento ya entonces para siempre vacío. Magdalena y la madre de los Zebedeos consiguieron al cabo que se levantase, mas retiróse á un oscuro rincón envuelta en su velo sin que voz alguna se atreviese á interrumpir el profundo silencio que reinaba en la asamblea. Súbito pareció en ella Simon Pedro, pintándose en su rostro el mas vivo dolor, y con sollozante voz dijo :

« Sepultado está ya Jesus, y pronto espero que lo estaremos todos..... José me abrirá una tumba al pie de la sagrada roca... quiero que me lo prometa, quiero que me lo jure. »

Calló porque en aquel momento entró Simon el Cananeo apoyándose en el brazo de Mateo. Felipe y Santiago el menor les siguieron de cerca; y Tadeo entrando solo fué á sentarse al lado de María y se cubrió el rostro con las manos. Llegó por último Santiago el Zebedeo á quien apellidan hijo del trueno, y exclamó levantando los brazos al cielo :

« ¡ Ha muerto ! ¡ ha muerto ! Toda grandeza humana no es mas que una palabra sin sentido, hasta la mas noble de todas, hasta la que huye de la

gloria y hace el bien oscuramente; porque sanguinarios tiranos han sacrificado á Jesus inmolándolo á su odio y á su venganza ! »

Bartolomé, Andrés, hermano de Simon Pedro, Cleofás, Nataniel y el joven Sémda entran y toman asiento sucesivamente sin atreverse á pronunciar una palabra, sin atreverse á contemplar á sus amigos, comprendiendo su dolor y participando de él. Una lámpara, que Magdalena suspende del techo, ilumina con su pálida lumbre á aquella asamblea lúgubre y silenciosa ; así envolvió el crepúsculo de la tarde al palpitante cadáver de Abel, cuyos labios estaban inmóviles, mas cuya sangre clamaba venganza y anatema contra su asesino.

Deslizándose entraron en la choza los ángeles custodios de los apóstoles y de los fieles, y el mismo Jesus se dignó echar una mirada de misericordia sobre sus elegidos. Reanimada, sin conocerlo ella, por su ángel tutelar hallóse Magdalena con fuerzas para explicar el dolor que la oprime.

« ¡ Ay ! dijo, ¿ qué somos desde que él nos ha dejado?... ¡ No te dejes dominar por la desesperacion, ó desdichadísima Madre ! ¿ Qué seria de nosotros si tambien tú nos abandonarás ? ¡ Oh ! ahora comprendo todo cuanto en su profunda tristeza nos dijo de Jerusalem, cuando llamaba viuda abandonada, princesa entregada á gentiles á la que en otro tiempo fué reina de las naciones !... ¡ Po-

bres y oscuros eramos, y sin embargo inmensa nuestra felicidad como discípulos de un hombre divino; ¡murió el amado maestro! y nuestra miseria es infinita, y los días y las noches pasarán para nosotros en tinieblas! Triunfan nuestros enemigos y se burlan de nosotros, que en la sencillez de nuestros corazones hemos amado entrañablemente al gran profeta... Osaron mofarse de él y hacerle apurar el caliz de sus infernales burlas; ¡para aplacar su sed le dieron hiel y vinagre! Juez supremo, hazles apurar el caliz de tu venganza, y mueran los impíos.»

«Calló y haciendo un esfuerzo la Madre de Jesús, dijo con ahogada voz:

«Acuérdate, Magdalena, de que pendiente de la cruz clamó: *Perdónalos, padre mio, que no saben lo que hacen.*»

Estas palabras llenaron de admiración á todos los circunstantes, y un rayo de celestial alegría endulzó sus penas, mas pronto volvió el dolor á dominar á todos menos á Tadeo en quien produjeron honda impresión las dulces palabras de María:

«¡Sí, exclamó, estiéndose la divina misericordia á todas las criaturas, mas no se olvide de sacarnos de este mundo!... ¿Qué hemos de hacer en él sin nuestro divino maestro? ¡Ay! cuantas veces nos ha dicho que en el reino de su padre hay pacíficas moradas para todos los que le aman!... Permíte-

nos, ó gran profeta, que vayamos á dormir á los confines de aquel reino... No trateis de consolarme, amigos míos, pronunciad incesantemente el nombre de Jesús que resuena en mi oído como el eco del dulce caramillo de los pastores, cuando en alas del aliento de la noche llega á nosotros atravesando los floridos valles. Hablemos sin cesar del tránsito de esta vida de miserias á la eterna vida: viajeros diligentes, tengamos siempre el blanco báculo en la mano, y estemos prontos á partir á la primera señal... ¡Ay! ¿porqué no podemos morir todos en este mismo instante?»

«Sí, muramos, respondió Cleofás; solo en la tumba hallaremos descanso: abrámonos unos á otros nuestra última morada.»

Tomás Dídimos se presenta en la entrada de la cabaña y se detiene indeciso y trémulo; porque la vista de sus amigos que lejos de los restos de su divino maestro, gimen y sollozan en aquel lúgubre sitio como fantasmas errantes en torno de un sepulcro apenas cerrado, aumenta su desesperación.

«¡Desdichados, esclama, vosotros que oísteis los *Hosanna* que acogieron á Jesús al entrar triunfante en Jerusalem, no sabéis morir hoy que ya dejó de existir!... Imaginé encontrar entre vosotros algunos amigos bastante valerosos para ser los primeros entre las víctimas que deben seguir en su

muerte al gran profeta á quien hemos visto caminar sobre las olas del mar, al gran profeta que delante de nosotros ha despertado del eterno sueño al piadoso Lázaro y al joven Sémida á quien veo llorar en un oscuro rincón de esta cabaña. »

Interrumpió este discurso la llegada de José de Arimatea. Grave y solemne es su porte; en la expresión de sus miradas hay un anuncio de esperanza y una santidad que impone respeto, mas al hablar conócesele la profunda conmoción que le agita.

« ¡Salud, hermanos de Cristo y hermanos míos! Nicodemo espera que le permitais presentarse ante vosotros... os trae... ¿Me interrumpís con lastimeros gritos? ¡Ay! veo que aun no os hallais en estado de soportar la vista del sagrado depósito que queria confiaros.... Aléjese Nicodemo y llévese la ensangrentada corona... »

« ¡La corona ensangrentada! » repitió la desdichada madre; y el amargo acento de su voz llenó de espanto y de terror á los circunstantes.

Nicodemo se presenta en la entrada de la cabaña, y María, arrojando el velo que la cubria se precipita hácia la corona, mas cae y arrastra en su caída á aquellos de sus amigos que quisieron sostenerla.

Todos los fieles se han postrado en torno de la Madre de Jesús, única persona de las presentes que

conserva fuerzas para explicar las crueles angustias que desgarran su alma.

« ¿Porqué fijais así vuestras miradas en esa corona de espinas? ¿No la habeis visto ceñir su frente y teñirse en su sangre? ¡Ay! ¡contra mí ha tendido el Eterno el mas terrible de sus arcos; contra mi corazón ha disparado la mas aguda de sus flechas! ¿No soy yo la mas desdichada de las madres, yo, que he dado á luz al mayor de los profetas? ¡Desdichada, desdichada de mí! »

Mientras así exhala María su justo dolor, otra María, la hermana de Lázaro, lucha lejos de aquella piadosa reunión con las angustias de la muerte. Ya sobre sus párpados pesa el sueño penoso que precede al eterno, y frío sudor cubre sus miembros. Buscan sus moribundos ojos á Marta, y viendo que en efecto su fiel hermana se halla á la cabecera de la cama, siente algún alivio; mas aflígela ver que se halla sola aquella: gime profundamente, y de sus trémulos labios sale esta amarga queja:

« Ahí estás tú, hermana mía... ¿Pero y nuestros amigos, y Lázaro? ¿Donde está Nataniel? En medio de ellos he vivido, ¡y me dejan morir sola!

— « No los acuses, respondió Marta, tal vez nuestro divino maestro los ha conducido al desierto para que sean testigos de algún nuevo milagro.